

## FÁBULA DE LAS TRES MONEDAS

Ya formamos un grupo que crece rápidamente. Hoy pensamos reunirnos, tenemos intención de fundar un partido político.

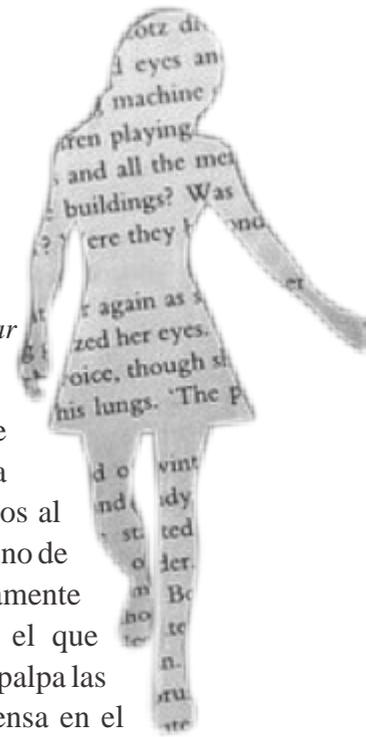
“¿Quiénes eran ellos para oponerse a lo que un hombre quisiera hacer con su vida”.

Paul Auster, *Fantasma*.

Agotadas ya las manías y las esperanzas a H sólo le queda sentarse a contar sus últimas monedas y hacer un par de llamadas a un par de amigos que sabe de sobra no estarán en casa un viernes en la noche. Si estuvieran en el futuro qué vanas serían esas monedas. Si estuviera en el pasado qué oportunos habrían sido esos amigos. Pero en ese instante, en el que se gana o se pierde un destino, está solo y desorientado. Las tres monedas le recuerdan el I Ching que leía con su madre el día de su cumpleaños y le traen ecos de lejanas palabras como “disciplina, rigor, lentitud y amor de sí mismo”. Así funcionan las cosas. Sólo que hoy a H no le

serviría el I Ching. Hay momentos en la vida de todo hombre no-místico en los que las monedas son de hierro y ya, sin ningún signo adicional. A su alrededor un grupo de feligreses deja biblias de neón en todas las mesas del lúgubre café en el que a esa hora de la madrugada sólo esta H. El cuadro parece salido de una postal viajera de los años setenta actuada por Paul Newman o Jeff Bridges. El perfil de H tiene todo para ser la presa de esos iluminados, pero él se mueve primero y dejando una de las tres

Albert Bejar



monedas sobre la mesa huye lentamente hacia el baño con la ilusión de no encontrarse con ellos al regresar. Mientras H se sienta en uno de los excusados y limpia rigurosamente sus zapatos con el trapito con el que limpia sus gafas todas las noches, palpa las dos monedas en el bolsillo y piensa en el rostro de una de las mujeres de la congregación que esperan por él a la salida del café. Lo que H no puede saber es que ella también piensa en él y no precisamente por un asunto de fe. Eso ella tampoco lo tiene claro, es sólo una duda carnal que la acecha repentinamente. La mujer, la más joven del grupo, de unos treinta y seis años, recién está empezando a hacer sus primeras armas en esta cruzada infernal contra los infieles del mundo (C.I.I.M) y responde al nombre de L. Ha llegado a esto por desamor como todas las demás que conforman el grupo: seis en total. Las demás oscilan entre los cuarenta y cinco y los sesenta años. La líder del grupo es la mayor, una mujer de origen chino que casi nunca habla. Están terminando la ronda de la noche y han llegado al café esperando encontrar una que otra alma perdida en la piel de un chofer de madrugada o de una jinetera caribeña. No han tenido mucha suerte hoy y no han podido siquiera entablar una conversación de cinco minutos con nadie. L luce muy desanimada, de hecho, es la única que trasluce el profundo hastío que le produce estar en esta situación. Afuera del café el frío es intenso y pone a prueba a los más creyentes. Las que más creen en el fin del mundo sienten

menos frío y las demás se abrigan bien. Todas están dispuestas a esperar indefinidamente a su última esperanza de la noche.

Secretamente se obstinan en pensar que ese hombre taciturno las necesita. Y no se equivocan del todo. H ha perdido en los últimos meses casi todo el amor de sí mismo. Eso él lo sabe de sobra. Sin embargo no está pensando en eso mientras palpa las dos monedas que le quedan en su bolsillo. Ha bajado el agua del retrete tres veces y se ha desatado tres veces los cordones de sus zapatos y está listo para salir, creyendo que el grupo ya se ha ido. Aun así, sigue pensando en L y quisiera verla afuera del café e invitarla a tomar una copa. Esa idea le da risa y enciende un cigarrillo, sin percatarse que hay un aviso que prohíbe fumar en los baños y antes de que pueda reaccionar una alarma anti-incendios suena a todo volumen y dos minutos después H está en la calle, sacado por un corpulento guardia de seguridad. Ante la mirada atónita del grupo de mujeres, el guardia le ahorra la paliza que estaba dispuesto a darle, sólo por estirar un poco los músculos. Allí están pues H y L a punto de conocerse y de tomar la carretera sin mirar hacia atrás. Aunque eso, hay que repetirlo una vez más, ninguno de los dos puede ni siquiera imaginarlo. En la sacudida, H ha perdido sus dos monedas y su libreta de teléfonos. Tampoco ha recuperado el cambio que le habían dejado sobre la mesa ni se ha terminado su sándwich de mermelada de maní. El frío afuera es peor de lo que H pensaba y se dice que, después de todo, no tiene nada que perder y a lo mejor si accede a hablar un rato con esas lunáticas puedan llevarlo luego a algún albergue donde pueda pasar la noche y, además, de pronto alguien pueda darle un trabajo. No son muchas sus opciones. Apenas logra pensar en esas ideas vagas, mientras mira sin cesar a L, quien aún perturbada por lo que acaba de pasar y por lo

que H le hace sentir, trata de esconderse detrás de las otras y procura no mirar a H, aunque sin conseguirlo. De repente la china entra al café y sale luego con café caliente para todos. Hace una seña y les indica a todos que la sigan a su camioneta. Entonces L en un impulso primitivo que no deja escapar, toma del brazo a H y sin pronunciar palabra alguna, lo lleva directamente hacia el parqueadero. Las demás van detrás. Todo está en silencio y apenas si se escucha el viejo radio de pilas del guardia de seguridad, quien trata de sintonizar sin mucha suerte, algún sonido afrobeat que lo lleve de vuelta a su troncada juventud. Es su ritual de todas las noches. Adentro del café la mesera revisa una vez más la página de avisos clasificados y anota el nombre de un par de desconocidos en su libreta. En el baño una moneda cayó en cara y la otra en cruz. Es todo lo que puede decirse al respecto. Cuando L y H llegan a la camioneta ya la china ha encendido la calefacción y de la radio sale un murmullo en forma de noticias locales que no son del todo comprensibles para nadie: lo de siempre, un par de tiroteos aislados y un par de borrachos atropellados. Cuando todos están dentro de la camioneta, la china al volante y en la parte de adelante L y H, una de las mujeres empieza a leer la Biblia, primero casi entre dientes y luego con una voz sonora, estridente, que pretende hacerse cargo de la noche entera y de sus alrededores. Lee un par de versículos del libro del Apocalipsis y sin que la china apague el radio, pide que todos recen en silencio un momento. Mientras todos lo intentan, incluido un distraído H, el locutor lee las informaciones climáticas y lanza una alerta a todos los conductores para que eviten tomar la ruta esa noche por las inminentes nevadas que terminarán bloqueando todo. H escucha perfectamente lo que dicen en la

radio y cuando abre los ojos ve a todas rezando, salvo a H y a la china. Imagina que ahora una de ellas dará un largo sermón sobre el fin del mundo y lamenta haber prendido ese cigarrillo en el baño (aunque lamenta más no haber alcanzado a fumarlo. Era el último Camel que le quedaba). L lo está mirando fijamente y H ve cómo ella aferra con furia la Biblia contra su pecho, como si estuviera en medio de un combate mortal en el que H tiene mucho que ganar. Es lo que suele decirse en estas situaciones. La china observa cuidadosamente a H y sobre todo a L. En la tarde había tenido una acalorada discusión con su superior, quien le había obligado a aceptar en su grupo a L, a pesar de todos sus reparos: “Son los caminos del señor, Hermana, nosotros no podemos oponernos a ellos, aunque no los conozcamos. Si él quiere que L esté esta noche en la carretera, es nuestra misión acompañarla hasta allí. Luego veremos...”. Esas habían sido sus palabras. La china había tenido que someterse al dictamen y desde entonces no le había dirigido una sola vez la palabra a la novata L, aunque, eso sí, no había dejado de observarla y de comprobar que esa mujer no sólo no estaba preparada para compartir la palabra divina sino que además, podía ser perjudicial para el resto del grupo. No entendía cómo su superior no se daba cuenta de ello. L, por su parte, había notado desde el principio la hostilidad de la china, pero no había querido hacerse mala sangre y se decía que era apenas su primera noche y que poco a poco podría ganarse un lugar. El pastor había confiado en ella. Eso le bastaba. En cuanto a las demás mujeres del grupo, ninguna había querido hacer comentarios sobre L y se limitaban a ser amables con ella sin dar demasiadas muestras de afecto. Ya todas eran mujeres frías y calculadoras que repetían maquinalmente la palabra divina sin pensar ya nunca en ellas ni en sus afectos. Si la china

hubiera visto las cosas así, nunca habría visto a L como una amenaza. De hecho, si H no se cruzaba por su camino esa noche, podría decirse casi con toda certeza que L habría abandonado de una u otra forma esa misma noche su camino de salvación; lo habría hecho de una forma más cinematográfica o en silencio, pero sea como sea no habría visto el amanecer con las demás. Así era L. Se había enrolado en la cruzada así como otras entran un día a un casino y se gastan todo el sueldo de un mes y no vuelven nunca más. Eso era todo. En cuanto a H, no se sentía del todo mal en la camioneta y a pesar de una costilla magullada que le había dejado el guardia, estaba dispuesto a aceptar que era mejor estar adentro, aun al costo de escuchar durante toda la noche, alternativamente, el reporte del clima y del Apocalipsis de Juan. El trato le parecía justo: escucharía en silencio todo lo que tuvieran para decirle y si bien no pensaba dejarse convencer tampoco entraría a discutir con ellas sobre la fe. Sería diplomático y ya está. Así era H. Pasaría la noche con ellas y les dejaría creer que tal vez podrían persuadirlo a ir la noche siguiente a la congregación. Si le dieran un Camel incluso leería él también algún versículo del Cantar de los cantares. Pero en un par de minutos todo toma otro curso. Después de rezar, la china ha apagado la radio y ha sacado de su bolso, inesperadamente, un cigarrillo (desafortunadamente no un Camel) y lo ha dejado sobre la guantera de la camioneta. H ha quedado estupefacto, como cuando le tocaba pasar al bate en cuarto de primaria y sabía que en sus manos estaba ganar el partido del recreo, el partido de su vida. Ha escuchado de nuevo esa voz de su hermano mayor gritando strike one, strike two, strike three...OUT, OUT, OUT. Siempre lo gritaba tres veces. Así se siente H y no puede menos que maldecir a su hermano y dejar salir entre dientes un leve insulto hacia él que todas escuchan pero ignoran

deliberadamente. Luego L ha tomado de improviso el cigarrillo y lo ha encendido sin decir nada y ha aspirado una honda bocanada antes de pasárselo a H, quien con una mano temblorosa ha hecho lo propio, mirando por el espejo retrovisor a las demás, quienes continúan todavía con los ojos cerrados y apartadas de la escena. Entonces la china ha movido su cuerpo y abierto la manija de la puerta donde está H y la ha empujado suavemente sin mirar ni a H ni a L, y un minuto después los dos están afuera fumando los últimos hilos del cigarrillo y

viendo alejarse a toda velocidad a la camioneta con la china y las cuatro restantes, rumbo a la tormenta de nieve de la que quizá no regresarán. La noche entonces se ha puesto menos fría y las luces del café ya se han apagado. En su interior la mesera y el guardia hacen el amor lentamente en el sofá del cuarto trasero y por fin, de fondo, en la radio suena un afrobeat de los setenta. H y L caminan bajo los primeros copos de nieve y los perdemos de vista cuando va llegando el amanecer.

